

Quién era el señor Jacobo

Gilberto trabajaba con ahinco, y su papel se llenaba de ensayos concienzudamente estudiados, cuando el anciano, después de haberle mirado trabajar durante algún tiempo, se sentó á la otra mesa y comenzó á corregir hojas impresas semejantes á la cubierta de las habichuelas del granero.

Tres horas trascurrieron de este modo, y el reloj acababa de dar las nueve cuando entró Teresa precipitadamente.

Jacobo levantó la cabeza.

— Pronto, pronto, dijo la vieja, pasa á la sala. Un príncipe viene á verte. Dios mío, ¿cuándo se acabará esta procesión de altezas? ¡Con tal que no tenga el capricho de almorzar con nosotros, como hizo el otro día el duque de Chartres!

— ¿Y quién es ese príncipe? preguntó Jacobo en voz baja.

— Monseñor el príncipe de Conti.

Al oír Gilberto este nombre, dejó caer sobre su papel un *sol* que si Bridoison hubiera nacido en aquella época, habría llamado pastel, mas bien que nota.

— ¡Un príncipe, un alteza! exclamó en voz baja. Jacobo salió sonriendo detrás de Teresa, que cerró la puerta.

Entonces Gilberto miró á su alrededor, y viéndose solo, se levantó con la cabeza trastornada.

— ¿Pero dónde estoy aquí? exclamó. ¡Príncipes y altezas en casa de Jacobo! ¡El duque de Chartres, monseñor el príncipe de Conti en casa de un copiante!

Aproximóse á la puerta para escuchar; el corazón le latía fuertemente.

Jacobo y el príncipe se habían ya dirigido las primeras saluciones, y el príncipe estaba hablando.

— Hubiera querido llevaros conmigo, decía.

— ¿Para qué, príncipe? preguntaba Jacobo.

— Para presentaros á la Delfina. Esta es una era nueva para la filosofía, mi querido filósofo.

— Mil gracias por vuestra buena voluntad, monseñor; pero me es imposible acompañaros.

— Sin embargo, hace seis años que no tuvisteis inconveniente en acompañar á madama de Pompadour á Fontainebleau.

— Tenía seis años menos de edad; hoy estov clavado en un sillón por mis achaques.

— Y por vuestra misantropía.

— Y aun cuando así fuese, monseñor, no es el mundo una cosa tan curiosa que merezca que nos incomodemos por él.

— Pues bien, me conformo con que no vengáis á San Dionisio y al gran ceremonial; pero venid conmigo á Muette, donde dormirá pasado mañana S. A. R.

— ¿Conque S. A. R. llega pasado mañana á San Dionisio?

— Con toda su comitiva. Vamos, dos leguas se andan pronto, y no causan una verdadera molestia. Se dice que la princesa es una excelente música, y que es discípula de Gluck.

Gilberto no oyó más. Á estas palabras: « pasado mañana la Delfina con toda su comitiva á San Dionisio»

sio, » había pensado en una cosa; á saber, que al día siguiente iba á encontrarse á dos leguas de Andrea.

Esta idea le deslumbró como si sus ojos hubieran encontrado un espejo ustorio.

El más fuerte de los dos sentimientos sofocó al otro. El amor suspendió la curiosidad; por un instante creyó Gilberto que no había bastante aire para su pecho en aquel reducido gabinete; corrió á la ventana con intención de abrirla, pero estaba cerrada por dentro con un candado, sin duda para que no se pudiera ver desde la habitación situada enfrente lo que pasaba en el gabinete de Jacobo.

Gilberto se dejó caer sobre su silla.

— ¡ Oh! no quiero escuchar detrás de la puerta, dijo, no quiero ya penetrar los secretos de mi protector, de ese copiante á quien un príncipe llama su amigo y quiere presentar á la futura reina de Francia, á una hija de emperadores, á quien la señorita Andrea hablaba casi de rodillas. Y sin embargo, si me pusiese á escuchar, acaso sabría alguna cosa de la señorita Andrea. No, no, me parecería á un lacayo. También La Brie escuchaba detrás de las puertas.

Y se apartó resueltamente de la cerradura á que se había aproximado; sus manos temblaban; una nube oscurecía sus ojos.

Sentía la necesidad de una distracción poderosa, la copia le hubiera ocupado demasiado poco. Cogió, pues, un libro que había sobre el bufete de Jacobo.

— ¡ Las « Confesiones, » leyó con agradable sorpresa, las « Confesiones, » de cuyo libro he leído ya cien páginas con tanto interés!

— Edición adornada con el retrato del autor, continuó leyendo.

— ¡ Oh! ¡ y yo que jamás he visto el retrato de M. Rousseau! exclamó. ¡ Oh! veamos, veamos.

Y volvió vivamente la hoja de papel de China que ocultaba el grabado, vió el retrato y lanzó un grito.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Jacobo.

Gilberto comparó la fisonomía de Jacobo con el retrato que tenía en la mano, y, sueltos los brazos y temblando de pies á cabeza, dejó caer el tomo murmurando:

— ¡ Estoy en casa de Juan Jacobo Rousseau!

— Veamos cómo habéis copiado vuestra música, hijo mío, respondió sonriendo Juan Jacobo, mucho más contento interiormente de aquella ovación imprevista, que de los triunfos que había tenido en su gloriosa vida.

Y pasando por delante de Gilberto, que temblaba como un azogado, se aproximó á la mesa y fijó la vista en el papel.

— La nota no es mala, dijo, descuidáis algo las márgenes: además, no unís bastante con un mismo rasgo las notas que van juntas. Mirad, os falta á este compás una pausa, y vuestras rayas de compases no son muy rectas. Hacéis también las mínimas de dos semicírculos. Poco importa que se junten exactamente. La nota toda redonda carece de gracia, y el rabo se une muy mal á ella. Sí, en efecto, amigo mío, estáis en casa de Juan Jacobo Rousseau.

— ¡ Oh! perdonad entonces, señor, todas las majaderías que he dicho, exclamó Gilberto juntando las manos y dispuesto á prosternarse.

— ¡ Conque ha sido preciso, dijo Rousseau encogiéndose de hombros, que viniera aquí un príncipe para que reconocierais al perseguido, al desgraciado filósofo de Ginebra? ¡ Pobre niño, feliz niño, que ignora la persecución!

— ¡ Oh! sí, soy feliz, muy feliz, pero es de veros, de conoceros, y de estar á vuestro lado.

— Gracias, hijo mío, gracias; pero no basta ser feliz; es menester trabajar. Ahora, que habéis hecho vuestros ensayos, tomad ese rondó y procurad copiarlo en un verdadero papel de música; es corto, pero difícil; sobre todo limpieza. ¿Pero cómo habéis reconocido?.....

Gilberto recogió el volumen de las « Confesiones, » y enseñó el retrato á Juan Jacobo.

— ¡ Ah ! sí, comprendo; mi retrato quemado en efígie sobre la primera página del *Emilio*; pero ¿ qué importa ? la llama alumbra, ora provenga del sol, ora de un auto de fe.

— Señor, señor, ¿ sabéis que jamás había yo soñado tanta dicha ? ¡ vivir á vuestro lado ! ¡ Oh ! mi ambición no va más lejos que este deseo.

— No viviréis á mi lado, amigo mío, dijo Juan Jacobo, porque yo no tengo escuela, y en cuanto á huéspedes, ya lo habéis visto, no soy bastante rico para recibirlos y mucho menos para guardarlos.

— Por lo demás, le dijo, no os desesperéis. Desde que os he encontrado me he puesto á estudiaros, hijo mío; hay en vos mucho malo, pero también mucho bueno; luchad con vuestra voluntad contra vuestros instintos; desconfiad del orgullo, de ese gusano roedor de la filosofía, y copiad música mientras llegan para vos mejores tiempos.

— ¡ Oh, Dios mío, dijo Gilberto, estoy aturdido de lo que me pasa !

— Sin embargo, nada os pasa que no sea muy natural y sencillo, hijo mío; verdad es que las cosas sencillas son las que más conmueven los corazones profundos y los espíritus inteligentes. Huís, no sé de dónde, no os he preguntado vuestro secreto, huís al través de los bosques, en esos bosques encontráis á un hombre que está herborizando, este hombre tiene pan,

vos no lo tenéis, parte con vos su pan, no sabéis adónde retiraros, y este hombre os ofrece un asilo; este hombre debía ser cualquiera, llevar un nombre cualquiera, este hombre se llama Rousseau; he ahí todo, y este hombre os dice :

« El primer precepto de la filosofía es este :
» Hombre, bástate á ti mismo. »

Así que, amigo mío, cuando hayáis copiado vuestro rondó, habréis ganado vuestro alimento de hoy. Copiad, pues, vuestro rondó.

— ¡ Oh ! señor, ¡ qué bueno sois !

— En cuanto á la cama donde habéis dormido anoche, es vuestra; pero os prohibo la lectura nocturna, á no ser que la vela que gastéis sea vuestra, porque sino reñirá Teresa. ¿ Tenéis hambre ahora ?

— ¡ Oh ! no, señor, dijo Gilberto sofocado.

— De la cena de ayer ha quedado para almorzar hoy; no uséis de ceremonia; esta comida es la última que haréis á mi mesa, salvo cualquier convite que tenga á bien haceros si quedamos buenos amigos.

Gilberto comenzó un gesto que Rousseau interrumpió con una señal de cabeza.

— En la calle Platriere, continuó, hay una cocina para los trabajadores; allí comeréis barato, pues yo os recomendaré. Entretanto vamos á almorzar.

Gilberto siguió á Rousseau sin contestar. Por la primera vez de su vida se veía dominado, si bien lo era por un hombre superior á los demás.

Apenas tomó Gilberto unos cuantos bocados, se retiró de la mesa y se volvió á su trabajo. Tenía razón; su estómago, demasiado contraído por el sacudimiento que había recibido, no podía recibir alimento alguno. En todo el día no apartó los ojos de su obra, y hacia

las ocho de la noche, después de haber rasgado tres hojas, había logrado copiar legiblemente y con alguna limpieza un rondó de cuatro páginas.

— No quiero adularos, dijo Rousseau, esto está todavía malo, pero está legible; vuestro trabajo vale diez sueldos: tomadlos.

Gilberto los tomó haciendo una reverencia.

— En el armario hay pan, señor Gilberto, dijo Teresa, en quien la discreción, la dulzura y la aplicación de Gilberto habían producido buen efecto.

— Gracias, señora, respondió Gilberto; creed que no olvidaré nunca vuestras bondades.

— Tomad, dijo Teresa alargándole el pan.

Gilberto iba á rehusarlo; pero miró á Juan Jacobo, y comprendió por su ceño y por aquella boca tan fina que empezaba á crispase, que su negativa podría ofender á su huésped.

— Acepto, dijo: en seguida se retiró á su pequeño aposento llevando en la mano los seis sueldos de plata y los cuatro sueldos de cobre que acababa de recibir de Juan Jacobo.

— En fin, dijo al entrar en su bohardilla, ya soy dueño de mi persona: ¡oh! todavía no, puesto que aquí traigo el pan de la caridad.

Y aunque tuvo hambre, dejó sobre el poyo de su ventana el pan que acababan de darle, y que no tocó siquiera.

Pensando después que olvidaría su hambre durmiendo, apagó su vela y se acostó en el jergón.

Al día siguiente, Gilberto había dormido muy poco durante la noche, al día siguiente le halló la aurora despierto. Acordándose de lo que había dicho Rousseau acerca de los jardines á que daba su ventana, se asomó á ella, y vió en efecto los árboles de un hermoso jardín; más allá de estos árboles se elevaba el palacio

á que éste pertenecía, y cuya entrada daba á la calle de la Jussienne.

En un ángulo del jardín, todo rodeado de arbolitos y flores, se veía un pequeño pabellón con sus persianas cerradas.

Gilberto pensó primero que aquellas persianas estaban cerradas á causa de la hora, y que los que habitaban aquel pabellón no habrían despertado todavía; pero como los árboles nacientes habían crecido y desplegado su follaje arrimados á aquellas ventanas, comprendió bien pronto Gilberto que aquel pabellón debía estar deshabitado desde el invierno, por lo menos.

Entonces volvió á admirar los hermosos tilos que le ocultaban el edificio principal.

Por dos ó tres veces había obligado el hambre á Gilberto á dirigir la vista al pedazo de pan que la vispera le había cortado Teresa; pero, siempre dueño de sí, á pesar de que se le iban los ojos tras él, no lo había tocado.

Dieron las cinco; entonces creyó que se abriría la puerta del corredor; y lavado, afeitado y peinado, pues, gracias á los cuidados de Juan Jacobo, había encontrado, al subir á su granero, todos los objetos necesarios á su modesto tocador; y lavado, afeitado y peinado, decimos, cogió su pedazo de pan y bajó.

Rousseau, que esta vez no había ido á despertarle, Rousseau, que por un exceso de desconfianza tal vez, y para enterarse mejor de las costumbres de su huésped, no había cerrado su puerta la vispera, le oyó bajar y se puso á espíarlo.

Vió á Gilberto salir con su pan debajo del brazo.

Un pobre se aproximó á él, vió á Gilberto darle su pan, en seguida entró en una panadería que se acababa de abrir, y comprar otro pedazo de pan.

— Ahora iré á la hostería, dijo para sí Rousseau, y se gastará sus pobres diez sueldos.

Rousseau se engañaba; andando Gilberto se comió parte de su pan, y deteniéndose en la fuente que corría en la esquina de la calle, bebió, comió el resto de su pan, volvió á beber, se enjugó la boca, se lavó las manos y volvió.

— ¡Pardiez! dijo Rousseau, creo que soy más feliz que Diógenes, y que he hallado un hombre.

Y oyéndole subir la escalera, corrió á abrirle la puerta.

Gilberto pasó todo el día trabajando sin interrupción, pues había aplicado á la monótona tarea de la copia su actividad, su penetrante inteligencia y su asiduidad obstinada. Lo que no comprendía, lo adivinaba; y su mano, esclava de una voluntad de hierro, trazaba los caracteres sin vacilar y sin errores. De suerte que, á la caída de la tarde, había ya copiado siete páginas, si no elegantemente, á lo menos de una manera correcta.

Rousseau miraba este trabajo como juez y como filósofo á la vez. Como juez, criticó las formas de las notas, las separaciones de las pausas ó de los puntos; pero convino en que se notaba en esta copia un gran progreso sobre la de la víspera, y dió 25 sueldos á Gilberto.

Como filósofo, admiraba la fuerza de la voluntad humana que puede hacer resistir doce horas seguidas de trabajo á un joven de diez y ocho años, de constitución delicada y temperamento apasionado; pues Rousseau había conocido fácilmente la ardiente pasión que abrasaba el corazón del joven, sólo que ignoraba todavía si aquella pasión era ambición ó amor.

Gilberto pesó en su mano el dinero que acababa de recibir, el cual consistía en una pieza de 24 sueldos y

un sueldo. Metió el sueldo en un bolsillo de su pantalón, probablemente con los demás sueldos que le quedaban de la víspera, y apretando con delirante satisfacción la pieza de 24 sueldos en su mano derecha, dijo:

— Señor, sois mi amo, puesto que en vuestra casa es donde he encontrado trabajo, y aun me dais el alojamiento gratis. Pienso, pues, que podríais juzgar mal de mí si yo obrase sin comunicaros mis acciones.

Rousseau le miró con aire de enojo.

— ¡Cómo! dijo, ¿qué queréis hacer? ¿Tenéis para mañana otra intención que la de trabajar?

— Sí, señor; para mañana quisiera, con vuestro permiso, ser libre.

— ¿Para qué? dijo Rousseau; ¿para holgazanear?

— Señor, dijo Gilberto, quisiera ir á San Dionisio.

— ¿Á San Dionisio?

— Sí; madama la Delfina llega mañana á San Dionisio.

— ¡Ah! es verdad; mañana hay fiestas en San Dionisio para recibir á la Delfina.

— Eso es, dijo Gilberto.

— Yo creía que erais menos bobo, amigo mío, dijo Rousseau, y me parecía que despreciabais las pompas del poder absoluto.

— Señor...

— Miradme á mí, á quien pretendéis algunas veces tomar por modelo. Ayer vino á mi casa un príncipe real á pedirme que le acompañase á la corte, no como ireis vos, pobre niño, empuñando sobre las puntas de los pies para mirar por encima del hombro de un guardia francés pasar el coche del rey, al cual se presentarán las armas, como se hace para el Santísimo Sacramento, sino para presentarme delante de las princesas y ver su sonrisa. ¡Pues bien, yo, oscuro

ciudadano, he rechazado el convite de esos grandes señores!

Gilberto aprobó con la cabeza.

— ¿Y por qué he rechazado ese convite? continuó Rousseau con vehemencia; porque el hombre no puede ser dos á un tiempo; porque la mano que ha escrito que la monarquía era un abuso, no puede ir á pedir á un rey la limosna de un favor; porque yo, que sé que toda fiesta roba al pueblo algo de ese bienestar que apenas le queda para no rebelarse, protesto con mi ausencia contra todas esas fiestas.

— Señor, dijo Gilberto, os suplico que creáis que he comprendido todo lo que hay de sublime en vuestra filosofía.

— Sin duda; pero como no la observáis, permitidme que os diga...

— Señor, dijo Gilberto, yo no soy filósofo.

— Decid á lo menos lo que vais á hacer en San Dionisio.

— Señor, soy discreto.

Esta palabra afectó á Rousseau, pues comprendió que había algún misterio oculto bajo aquella obstinación, y miró al joven con una especie de admiración que le inspiraba su carácter.

— En hora buena, dijo, tenéis un motivo. Prefiero eso.

— Sí, señor, tengo un motivo, y os aseguro que en nada se parece á la curiosidad que suele inspirar todo espectáculo.

— Tanto mejor, ó tal vez tanto peor, porque vuestra mirada es profunda, joven, y en vano busco en ella el candor y la calma de la juventud.

— Os he dicho, señor, replicó tristemente Gilberto, que había sido desgraciado, y que para los desgracia-

dos no había juventud. Conque quedamos convenidos en que me dejaréis el día de mañana.

— Os lo concedo, amigo mío.

— ¡Gracias, señor!

— Solamente, dijo Rousseau, á la hora en que estéis viendo pasar todas las pompas del mundo, abriré yo uno de mis herbarios, y pasaré revista á todas las magnificencias de la naturaleza.

— Señor, dijo Gilberto, ¿no habríais abandonado todos los herbarios de la tierra el día en que fuisteis á ver á la señorita Galley, después de haberle arrojado un manojito de cerezas en el seno?

— Es verdad, dijo Rousseau, es verdad; veo que sois joven. Id á San Dionisio, hijo mío.

Después, cuando Gilberto salió todo alborozado cerrando la puerta tras sí, exclamó:

— ¡No es ambición, sino amor!

XXIV

La mujer del brujo

En el momento en que Gilberto, después de aquel día tan bien empleado, roía en su granero su pan mojado en agua fresca y aspiraba el aire embalsamado de los jardines de las cercanías, en este momento, decimos, una mujer vestida con una elegancia algo extraña, cubierta con un largo velo, después de haber seguido al galope de un brioso caballo árabe aquel camino de San Dionisio, desierto todavía, pero que debía llenarse al siguiente día de tanta multitud, se apeaba delante del convento de carmelitas de San Dionisio, y llamaba con sus dedos delicados al torno, mientras que su caballo, cuya brida había pasado á su brazo, pifaba y escarbaba la arena con impaciencia.

Algunos vecinos de la ciudad se detuvieron movidos de la curiosidad, y rodearon á la desconocida, excitando su atención no sólo el porte brillante de la extranjera, sino también su obstinación en llamar.

— ¿Qué queréis, señora? le preguntó uno de ellos.

— Ya lo veis, señor, respondió la extranjera con un acento italiano de los más pronunciados; deseo entrar.

— Entonces, os dirigís mal. Este torno no se abre más que una vez al día para los pobres, y ya ha pasado la hora en que se abre.

— Entonces ¿qué medio hay para hablar á la superiora? preguntó la que llamaba.

— Se llama á la puertecita que hay al extremo de la tapia, ó bien á la puerta principal.

Acercóse otro y dijo:

— ¿Sabéis, señora, que ahora la superiora es S. A. R. Madama Luisa de Francia?

— Lo sé, gracias.

— ¡Voto á cribas! ¿qué caballo más hermoso! exclamó un dragón de la reina mirando la cabalgadura de la extranjera. ¿Sabéis que si este caballo no ha cerrado, vale quinientos lises, tan cierto como el mío vale cien pistolas?

Estas palabras produjeron mucho efecto en la multitud.

En este momento, un canónigo, que, al contrario del dragón, miraba á la dama sin cuidarse del caballo, se abrió paso hasta ella, y merced á un secreto que él conocía, abrió la puerta del torno.

— Entrad, señora, dijo, y meted dentro vuestro caballo.

La mujer, deseosa de ponerse á salvo de las ávidas miradas de aquella multitud, miradas que parecían abrumarla, se apresuró á seguir el consejo, y desapareció detrás de la puerta con su cabalgadura.

Cuando se vió sola en el espacioso patio, la desconocida sacudió la brida de su caballo, que agitó tan bruscamente todo su caparazón y batió tan vigorosamente el pavimento con sus herraduras, que la hermana tornera, que por un instante había abandonado su celda situada al lado de la puerta, se lanzó de lo interior del convento.

— ¿Qué queréis, señora, exclamó, y cómo os habéis introducido aquí?

— Un buen canónigo me ha abierto la puerta, dijo; en cuanto á lo que quiero, si es posible, es hablar á la superiora.

— La superiora no recibe esta tarde.

— Me han dicho, no obstante, que era un deber de las superioras de conventos recibir á aquellas de sus hermanas del mundo que vienen á pedirles socorro á cualquier hora del día y de la noche.

— Eso puede hacerse en circunstancias ordinarias ; pero S. A. no hace más que dos días que se ha instalado en este convento, y esta tarde celebra capítulo.

— ¡ Señora ! señora ! replicó la extranjera, vengo desde muy lejos, vengo desde Roma. Acabo de andar sesenta leguas á caballo, y me faltan ya las fuerzas.

— ¿ Qué queréis ? la orden de S. A. es formal.

— Hermana, tengo que revelar á vuestra abadesa cosas de la mayor importancia.

— Volved mañana.

— Es imposible..... me he quedado un día en París, y ya durante ese día... por otra parte, yo no puedo pasar la noche en la posada.

— ¿ Por qué ?

— Porque no tengo dinero.

La hermana tornera examinó con cierto aire de asombro aquella mujer cubierta de piedras preciosas y dueña de un hermoso caballo, y la cual, sin embargo, decía que no tenía dinero para pagar el gasto que pudiera hacer en una noche.

— ¡ Oh ! no hagáis caso de mis palabras, ni de mi traje, dijo la dama ; no, no he hablado con exactitud al decir que no tenía dinero, porque en cualquiera posada donde entrase creo que me fiarían. No, no, lo que vengo á buscar aquí no es una posada sino un asilo.

— Señora, este convento no es el único que hay en San Dionisio, y cada uno de esos conventos tiene su abadesa.

— Sí, sí, lo sé, pero no es una abadesa vulgar la

que busco y á la que puedo dirigirme, hermana.

— Creo que os engañaríais insistiendo ; madama Luisa de Francia no se ocupa ya de las cosas de este mundo.

— ¿ Qué os importa ? Anunciadle, sin embargo, que quiero hablarle.

— Os digo que tiene capítulo.

— Después del capítulo.

— Apenas ha principiado el capítulo.

— Entraré en la iglesia y esperaré orando.

— No podéis esperar.

— ¿ No puedo esperar ?

— No.

— ¡ Oh ! ¿ conque me engañaba ? ¿ Conque no estoy en la casa de Dios ? exclamó la extranjera con tal energía en la mirada y en la voz, que, no atreviéndose la hermana á cargar con la responsabilidad de resistir más tiempo replicó :

— Si es así, voy á ver si puedo hacer algo por vos.

— ¡ Oh ! decid á S. A., añadió la extranjera, que vengo de Roma, que no he tenido en el camino más descanso que el tiempo necesario para dormir en dos cortas paradas que he hecho, una en Maguncia y la otra en Estrasburgo ; en una palabra, que hace cuatro días que no he descansado sino para recobrar las fuerzas necesarias para sostenerme sobre el caballo, y para dar á éste las que necesitaba para llevarme.

— Lo diré así, hermana.

Y la religiosa se alejó.

Un instante después se presentó una hermana lega. La tornera marchó detrás de ella.

— ¿ Y qué ? preguntó la extranjera provocando la respuesta que con tanta impaciencia esperaba.

— S. A. R. ha dicho, señora, respondió la hermana lega, que le es absolutamente imposible daros esta

tarde audiencia ; pero que no por eso dejará de ofreceros la hospitalidad en el convento, ya que tanta necesidad tenéis de hallar un asilo. Podéis, pues, entrar, hermana, y si estáis tan cansada como decís, debéis acostaros.

— ¿ Y mi caballo ?

— Se le cuidará, hermana ; estad tranquila.

— Es manso como un cordero. Se llama Djerid y acude á este nombre cuando se le llama. Os lo recomiendo eficazmente, porque es un soberbio animal.

— Será tratado como lo son los mismos caballos del rey.

— Gracias.

— Ahora conducid á esta señora á su aposento, dijo la hermana lega á la tornera.

— No, no me conduzcáis á mi aposento, sino á la iglesia. No tengo necesidad de dormir, sino de orar.

— La capilla está abierta, hermana, dijo la religiosa señalando con el dedo una puertecita lateral que daba á la iglesia.

— ¿ Y veré á la superiora ? preguntó la extranjera.

— Mañana.

— ¿ Mañana por la mañana ?

— ¡ Oh ! mañana por la mañana será todavía imposible.

— ¿ Y por qué ?

— Porque mañana estará todavía muy ocupada con una grata recepción.

— ¡ Oh ! ¿ á quién puede recibir que tenga más prisa ó sea más desgraciado que yo ?

— La Delfina nos dispensa el honor de detenerse dos horas en este convento al pasar por aquí mañana. Este es un gran favor para nuestra comunidad, una gran solemnidad para nuestras pobres hermanas ; de suerte que ya comprendéis.....

— ¡ Ay !

— La señora abadesa desea que todo aquí sea digno de los huéspedes augustos que vamos á recibir.

— Y entretanto, dijo la extranjera mirando á su alrededor con visibles muestras de miedo, que puedo ver á la augusta superiora, ¿ estaré aquí en seguridad ?

— Sí, hermana mía, estáis segura. Nuestra casa es un asilo aun para los culpables, con mucha más razón para los.....

— Fugitivos, dijo la extranjera ; bien. De suerte que nadie entrará aquí, ¿ no es verdad ?

— Sin orden expresa de la superiora nadie puede entrar.

— ¡ Oh ! y si obtuviese esa orden, Dios mío, Dios mío ! dijo la extranjera, ¿ él que es tan poderoso, cuyo poder me aterra muchas veces !

— ¿ Quién es él ? preguntó la hermana.

— Nadie, nadie.

— ¡ Está loca ! murmuró la religiosa.

— La iglesia, la iglesia, repitió la extranjera como si quisiera justificar la opinión que comenzaban á formar de ella.

— Venid, hermana mía, voy á conducirlos á ella.

— ¡ Pronto, pronto ! llevadme á la iglesia ; vienen persiguiéndome.

— No tengáis cuidado ; las paredes de San Dionisio son buenas, contestó la hermana lega con una sonrisa de compasión, de suerte que si queréis hacer caso de lo que os digo, debéis retiraros á descansar en una buena cama, en vez de mortificar vuestras rodillas con las losas de la capilla.

— No, no, quiero orar ; quiero orar á fin de que Dios aleje de mí á los que me persiguen, exclamó la

joven desapareciendo por la puerta que le había indicado la religiosa y cerrándola en seguida.

La hermana, curiosa, á fuer de buena monja, dió la vuelta por la puerta principal, y avanzando quedo, vió al pie del altar á la dama desconocida orando y sollozando con el rostro pegado á la tierra.

XXV

Los vecinos de Paris

En efecto, se había reunido el cabildo, como habían dicho las monjas á la extranjera, á fin de excogitar los medios de hacer á la hija de los Césares un brillante recibimiento.

S. A. R. madama Luisa inauguraba así en San Dionisio su mando supremo.

El tesoro de la fábrica estaba algo en baja; pues la antigua abadesa, al resignar sus poderes, se había llevado la mayor parte de los encajes que le pertenecían en propiedad, igualmente que los relicarios é incensarios que prestaban á sus comunidades aquellas abadesas que pertenecían á las mejores familias y se consagraban al servicio del Señor con las condiciones más mundanales.

Al saber madama Luisa que la Delfina se detendría en San Dionisio, había enviado un expreso á Versalles, y en la misma noche llegó un carro cargado de tapicerías, de encajes y ornamentos, por un valor de seiscientas mil libras.

Así, cuando cundió la noticia de los esplendores regios de aquella solemnidad, se vió redoblar esa ardiente, esa espantosa curiosidad de los parisienses que, en pequeños grupos, como decía Mercier, pueden muy bien hacer reír, pero que siempre hacen reflexionar y llorar cuando van todos juntos.